

**ANTOLOGÍA
DE LAS
MEJORES
NOVELAS
POLICÍACAS**

TOMO XVI

«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes, publicada entre los años 1958 y 1973 por la editorial ACERVO.

Índice de contenido

Cubierta

Antología de las mejores novelas policíacas - Vol. XVI

RAFAEL CASTELLANO DE LA PUENTE - Venganza, S. A.

II

III

IV

NOEL CLARASÓ - Whisky a gogó

ANTONIO COTANDA - El misterio del hombre del albornoz

FRANCISCO GARCÍA PAVÓN - El carnaval

I

II

III

EPÍLOGO

RAMÓN HERVÁS - Vana

ENRIQUE JARNÉS BERGUA - Un crimen de juguete

BARTOLOMÉ MIR MIR - El viejo Tur

BARTOLOMÉ MIR MIR - Berta

BARTOLOMÉ MIR MIR - Plaza Gomila

DANIEL NORIEGA MARCOS - La séptima «W»

II

III

IV

ALEJANDRO NÚÑEZ ALONSO - El desquite

ALEJANDRO NÚÑEZ ALONSO - Un día perdido

I

II

III

IV

V

VI

VII

M.ª NURIA TORÁN - «Escala técnica»

[Notas](#)

VENGANZA, S. A.

RAFAEL CASTELLANO DE LA PUENTE

Rafael Castellano de la Puente ha hecho famoso el seudónimo de Rafael Castleman. Nacido en Madrid, vive actualmente en Deva (Guipúzcoa), y aunque concluyó el «Preu», no acudió a la Universidad, aunque, atraído por la interpretación, sí ingresó en la Escuela de Arte Dramático. Trabajó en algunas obras y fue entonces —confiesa él mismo— cuando se dio cuenta «de que hacer teatro es un placer y de que el público es una masa amorfa que tose metro y medio más abajo del coturno». Su afición por la literatura humorística le lleva a practicar el relato corto, especialmente en «La Codorniz», donde lleva publicados cientos de trabajos. Álvaro de Laiglesia, director de dicha revista, le otorgó en cierto momento «La Codorniz de Plata», galardón muy merecido. También ha escrito trabajos largos, pero, como suele afirmar, son de «filosofía y no se venden». «Me gustan varias cosas cuando tengo tiempo —añade—: me gusta beber, leer a los Baroja, pasear con mi perro, comer ostras con una chavala prometedora... Y, sin que me se tache de cursi, mirar al mar, que es una cosa muy importante». Posee el título de profesor de idiomas, pero no ejerce. En el vol. XIV de nuestras Antologías aparecen publicadas las narraciones «El sádico», «¿Por qué no matas a alguien?», «La rebotica» y «El esotérico». En la XV, «El chiva-

to». *Hoy nos complacemos en dar a conocer VENGANZA, S. A.*

¡NO haga eso! ¡Deténgase!

Los dos desconocidos habían penetrado en el despacho de Stokanovitch de forma imperceptible. Uno de ellos jugueteaba con un llavero de ganzúas, y el otro miraba al suicida de forma severa, en posición de firmes.

—¡Repito que no lo haga! —ordenó, y Stokanovitch, obediente, dejó caer, tras un suspiro, la mano que sustentaba un nueve largo.

—Sería una estupidez, compéndalo —explicó el del juego de llaves falsas—. No le serviría de nada y le haría mucho daño mentalmente si su arma no funcionase una vez llegado a una resolución radical.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo han entrado aquí? —el hombre de negocios se exaltó, volviendo a su postura de capitán de haciendas—. ¡Haré que les expulsen inmediatamente!

—¿Quiénes? Está usted solo. Perfecta y completamente solo... Lo dice la computadora.

Hízose un silencio tétrico. El suicida en potencia dejó la pistola sobre la mesa y masculló un juramento solapado, tras el cual se enfrentó con los intrusos.

—O sea, según se entiende, que estoy también en poder de esos diabólicos artefactos.

—Todo el mundo lo está —afirmó uno de los visitantes quitándose el bombín tras toser displicentemente—. Somos una especie de conciencia artificial dedicada a ayudar al que no posee la natural, y perdone la asonancia... —extrajo de la impecable chaqueta inglesa una tarjeta y se la

tendió al suicida, que la leyó en rápida ojeada: «Regúlez y Sánchez, S. A.». Venganzas «post mortem» era lo que rezaba el texto.

—¿Qué significa esta memez? ¿Una broma de mal gusto? ¿Me han espiado ustedes? —tomaba un tono púrpura la tez de Stokanovitch—. ¡No estoy para bromas!

—Tampoco lo estaría usted de haber apretado el gatillo —filosofó Regúlez—, sino que estaría criando malvas desprovisto hasta de la quintaesencia del sentido del humor, porque, pese a quien pese, las calaveras se vacían con el tiempo. Y da la casualidad de que lo que contienen es cerebro. Y para llevar a cabo el silogismo, remataré mi aserto afirmando que sin cerebro no hay sentido del humor porque no hay capacidad de percepción.

—¡Me aturde usted! —hizo un aspaviento Stokanovitch—. ¿Se dedican a esta juerga dicharachera por afición?

—¡Ni pensarlo! —dijeron al unísono Regúlez y Sánchez—. Somos licenciados en filosofía, y conste que compramos la máquina con grandes sacrificios que debemos compensar con clientela.

—Forman ustedes un magnífico dúo a la hora de hablar de negocios —meneó la cabeza Stokanovitch—. Francamente, les envidio, pero —cogió de nuevo la pistola por la culata delicadamente, como si se tratase de un pastel—, si su proyecto es tomarme el pelo...

Se cruzó el cuello con el índice en expresivo gesto, y Regúlez alzó una mano:

—¡Por Dios! ¡Nuestra compañía de seguros es de lo más eficiente y serio! ¡Nunca nos permitiríamos embaucar a un cliente! Nuestro lema es «Eficiencia y garantía». Hubiésemos querido colocarlo en la tarjeta, pero los precios de las imprentas, últimamente, creo que pecan de abusivos.

—No es que lo crean ustedes —se puso incisivo el suicida—: es que pecan de ello. Y bueno: siéntense. Si antes me enfadé fue, más que nada, porque me pescaron —válgame el vulgar concepto— en el momento en que estaba

perfectamente decidido a largarme de esta cochina vida por la vía rápida.

—¡Eso ya lo sabía Luciana! —enseñó Sánchez un diente de oro—. ¡Tenía usted la voluntad enfocada y la mente decidida!

—Y ¿quién es Luciana? —inquirió Stokanovitch, provocando una nueva contestación al unísono de los socios, que se pusieron serios y dijeron, un tanto sibilinos:

—La computadora. Le pusimos ese nombre porque tiene muchas luces.

Se hizo un silencio, tras el cual Sánchez aventuró un piropo:

—Muy bonita, ¿sabe?

No pasó precisamente un ángel por allí, según definiría la expresión popular, sino que se produjo uno de esos silencios violentos en que la verborrea se atasca. Jugueteara el suicida con su arma, los cuadros velazqueños de la pared miraban a todas partes sin ver y un gato rubio de rabo erecto atravesó la estancia con el más definitivo de los desprecios.

—Supimos su decisión, que maduraba, hace quince días —enseñó Regúlez un papel de barba—. Aquí lo pone: «Odio a ultranza a la sociedad, interés indestructible por desprenderse de la cáscara humana, deseo de descanso definitivo, despedida brutal de los quehaceres obligatorios a los que la existencia arrastra, agnosticismo capaz de provocar un deseo de infierno antes que la prolongación de la vida, congoja dominante, angustia crónica, un trozo imperceptible, pero veraz, de curiosidad, límites de evasión oxidados, odio a algo indefinible...»

—¡Cállese! —Stokanovitch había palidecido—. ¡Cállese o le mataré!

—Usted, por lo visto —Sánchez vino al quite verbal—, es de los que matan a los médicos que logran un diagnóstico exacto.

El suicida tiró el arma, esta vez violentamente, contra la alfombra, y dijo:

—¡Está bien! ¡Díganme de una puñetera vez qué mal viento les trae por mi casa! ¿Quieren tomar algo?

—No bebemos. Está feo. Nuestro lema es...

—Eficiencia y garantía —subrayó Regúlez—. Y a lo que vamos. El caso es sencillo —echó mano de un cuaderno—. Según el fichero de estados de ánimo, usted, Adriano Stokanovitch... Extraño nombre. ¿Pertenece usted al boxeo? —inquirió.

—¡Mal rayo les parta! ¿Quieren terminar de una vez?

—Es que estos nombres no son corrientes en estas latitudes —se puso serio Sánchez.

—Y ¿qué culpa tengo yo de que a mi padre le pariesen en el Cáucaso? —se indignó el suicida—. ¡Si siguen con tonterías de esas no habrá más remedio que el de suicidarme!

Iba a echar mano del arma, pero Regúlez impidió el hecho con una hábil presa de «karate» aprendido en Cuenca.

—No sea necio —recurrió a la dulzura clerical—. Si intenta matarse, le mataremos nosotros.

—Pero, ¿qué necesidad es esa?

—Paradojas del catolicismo. Así, su alma se salvaría.

Es posible que pasase otro ángel, bedel de los justos, pero es mejor definir la situación como la de una ausencia momentánea de diálogo. Stokanovitch lloró. Lloró como lloran los desesperados, los inhábiles y los desvalidos. Lloró porque el cerebro se estruja como las nubes, y destila. Y acabó llorando como se debe hacer: porque le daba la gana.

—Siga usted su parrafada —admitió—. No hay otra salida.

—Creo que me lo sabía de memoria, pero prefiero leer —se chupó los labios Regúlez—: «En el día de hoy, Adriano Stokanovitch pretendía evitar su existencia a base de suicidio, cometiendo el acto y llevándolo a cabo hasta su término con una pistola del nueve largo. La causa era una neurastenia aguda no exenta de exaltación de pasiones y de angustia existencial. Había elegido para el acto la hora octava de la tarde, hora más, hora menos; la octava de la tarde. La octava de la tarde...»

—¡Es asombroso! —se secaba las lágrimas Stokanovitch—. ¿Cómo lo saben?

—El lema de «Venganzas "post mortem", S. A.» es... —entornaron los ojos los agentes, orgullosos, y el suicida les hizo callar con un gesto.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Eficiencia y garantía! Pero, ¿qué es lo que quieren, en concreto?

Ambos representantes sacudieron el polvo inexistente de los bombines y fue Regúlez quien dio la alternativa a su compañero.

—Habla, hombre, habla tú.

—Pues bien —hinchó el pecho Sánchez—: juzgue usted. En vida, usted posee seguros de vida, lo cual no deja de ser un absurdo si tiene en cuenta que los posibles beneficios no van a representar para usted una satisfacción, ya que no va a estar en situación de juzgarlos, calificarlos ni disfrutarlos en otra persona. Un muerto es un muerto, y de este burro no le apea nadie a persona consciente alguna. Lo muerto se pudre y desaparece, y el recuerdo que tengan de uno no se percibe bajo la losa. Y, dada tal contingencia, ¿por qué no gozar de un seguro de muerte que garantice que sus enemigos van a ser castigados?

—Ya veo... —hincó el ceño Stokanovitch.

—Queremos ser sinceros como los médicos —prosiguió Sánchez—. Según nuestra querida Luciana, la computadora, usted padece debilidad corporal y anímica, perdona con facilidad y se deja engañar sin emprender el menor acto de

represalia. Usted pretende suicidarse porque la mujer que usted quiere hasta la abnegación le ha abandonado para buscar a alguien que no es noble ni comprensivo. Sea como sea, le llevará a la iglesia muy sonriente y blanqueada, y a usted eso le fastidia. Una vez acentuada la misoginia, no queda otro remedio que el de mirar paisajes, cosa poco productiva. Incapaz de pegarle un tiro a él, por amor a ella, se lo quiere pegar usted para salir del problema por la vía rápida. Pero querría ser vengado.

Stokanovitch se mordió una uña y asintió:

—Indudablemente.

Regúlez se frotó las manos y dijo, hincando su índice estalactítico en la tripa del suicida:

—¡Estaba previsto en el diagnóstico de Luciana, la computadora! ¡Eficiencia, amigo! Pero usted no resuelve nada suicidándose en estas circunstancias. Sólo consigue que ambos amantes se regocijen riéndose de usted, de su nueve largo y de sus sesos al aire. Y, sobre todo, lo que resulta más triste, es que disfruten su ausencia. ¿Entiende?

—Voy entendiendo —rascóse una oreja Stokanovitch, y después pareció preocupado. Al fin dijo:

—¿Cómo? ¿Pueden castigarles?

—Eso es cuenta nuestra. Nuestra firma es garantía. ¿Acaso no cree usted en nuestra palabra?

—¡Qué remedio! —suspiró Stokanovitch—. Yo quería mucho a esa chica, de verdad. Soy fácil para encariñarme. Era algo. A las mujeres no se las define...

—¡No me llore! ¡No me llore! —exhibió Regúlez un pañuelo immaculado—. Firme esta póliza y suicídese con toda tranquilidad. Su venganza está ya asegurada si contamos con su rúbrica —temblequeaba el papel en la mano del representante, a quien su compañero extrajo el bolígrafo del bolsillo interior, ya que el otro tenía ambas manos ocupadas.

Dudó el suicida. Su situación era absurda, ya que «Venganza, S. A.», con su Luciana de compañera, había venido a

resolverle su último punto de duda: el castigo de los culpables de su muerte. Stokanovitch tenía sus ideas impregnadas del más puro de los agnosticismos, y una posible nada después del tiro le hacía desconfiar. Una nada vacía e injusta.

—¡Firme, hombre! —se afaná Sánchez—. ¡Si no es caro!
—¿Cuánto?

Los dos representantes se guiñaron el ojo mutuamente y, como acuciados por cierta telepatía, dijeron al unísono:

—Tres días de Purgatorio. No se pasa demasiado mal. Es como una milicia para ingresar en...

—¿En qué? —alzó las manos Stokanovitch, al estilo italiano.

Desfiló de nuevo el gato, relamiéndose en silencio. Según dicen las teorías populares, volvió a pasar un ángel. Las circunstancias lo exigían.

—Lo único que nuestra firma exige es que no se suicide hasta que se lo indiquemos. ¿Lo hará?

—No se preocupen. Les obedezco.

Saludaron, rígidos, los representantes, y se salieron de la habitación sonriendo. Y Regúlez se vio obligado a cortar la entrevista diciendo:

—Descanse usted en paz... cuando se lo indiquemos.

III

Cuando los representantes Sánchez y Regúlez llegaron al apartamento donde se habían refugiado la mujer de Stokanovitch y su amante, hallaron a éste repantingado en un sofá antiguo y leyendo una novela de William Irish. Saboreaba un oporto, y en un cenicero próximo agonizaba un puro.

—¿Puede saberse a qué se debe esta inesperada visita? —dijo, tras atusarse el mostacho—. Deduzco que han penetrado ustedes de forma poco ortodoxa.

—Nuestro lema es «Eficiencia y Garantía». Tenemos una computadora que se llama Luciana y que conoce perfectamente el problema que actualmente le atañe.

—Si son ustedes ladrones —britanizóse el amante— han caído en mal lugar. Aquí no hay un duro. Hay artículos de arte, pero no los roben: no los venderían. En lo referente a metálico —sonrió de medio lado— poco han de conseguir.

—¡Venimos a ofrecerle nuestros servicios! —Sánchez, púdico, ocultaba la ganzúa tras el pedolibre de su chaqueta inglesa, provocando un tintineo un tanto eclesiástico—. «¡Eficiencia y Garantía» es nuestra norma!

—No estamos para bromas de Carnaval —gruñó el amante—. ¿Qué demonios pasa?

—¿Le convendría a usted que Stokanovitch se suicidase esta noche?

El amante le dio una bofetada a la mesa con la novela y extrajo una pistola, provocando una carcajada unísona de los dos representantes de «Venganza, S. A.»

—¡Luciana lo había previsto! —volvía a hinchar el pecho Sánchez—. ¡Usted concede lo necesario en cada caso! Precisamente lo que necesitábamos en este momento es ese arma... Gracias —Sánchez se adelantó y se apoderó de la pistola antes de que el Amante— pongámosle una mayúscula —pudiese reaccionar—. ¡Nuestra compañía de seguros «post mortem» le garantiza a usted que el señor Stokanovitch, que pone un velo de molesta niebla a las relaciones que mantiene con la mujer del susodicho, no pasará de esta noche sin suicidarse!

Rió sarcásticamente el Amante.

—¿Hay precio?

—Lo hay: tres días de Purgatorio. No es nada grave, y pueden hacerse buenos amigos allí.

—¿Hay burocracia extraterrena?

—Eso a usted no le importa —extrajo un papel de barba Regúlez—. Si la idea le interesa, no tiene más que firmar

y darnos cinco pesetas para la póliza. Supongo que eso no le faltará a ustedes.

—Por supuesto —hurgó el Amante en el batín—. Ahí van: las cinco pesetas. Intégrelas en la nómina con artículo determinado porque son las únicas que nos quedan.

—¿Tiene usted la bondad de firmar?

Sonriente, el Amante firmó el papel de barba. Sánchez le tendió el revólver con su enguantada mano. Y Regúlez, displicente, volvió a la carga:

—Necesitamos un retrato de Stokanovitch. ¿Su... digamos concubina no tendría alguno, por casualidad?

Asintió el Amante, hurgándose el bigote y alzando una ceja cínica. Bebió un trago de oporto, reposado, antes de decir:

—Mi querida es una sentimental y tiene un par de ellos. El más ridículo le representa en traje de caza, con botas altas y una varita labrada para azotárselas, ya que para azotar a quien lo merece siempre ha resultado algo inútil. Conmigo, desde luego, no lo ha intentado.

—¿Cómo sabe que está labrada? —inquirió Sánchez.

—Un cursi no puede evitarlo. Son cosas que se intuyen fácilmente.

—Y, ¿usted se fía de la intuición?

—Es el mejor vehículo de los inteligentes —púsose pendiente el visitado—. Ahora mismo les traeré la foto. ¿Tanto les interesa?

—A nosotros, no. A usted, sí. Haga el favor de traerla, y colóquela en la pared sustentada por una chincheta o una punta fina.

—¿Entienden ustedes de carpintería?

—Entendemos de todo. Después de tenerla ahí, dispare sobre ella. Le aseguramos que bastará para que esta misma noche se suicide.

El Amante parecía divertido ante la circunstancia. Apuró el vino y penetró en la habitación contigua. Una voz pere-